

CAPITULO VII.

SAMARIA Y NAZARETH.

En tiempo de Jesucristo era Samaria la segunda provincia de la Palestina, y comprendia los antiguos territorios de la tribu de Efraim, así como el que Manases poseia á esta parte del Jordan. Ocupaba toda la estension, de oriente á occidente, comprendida entre este rio y el mediterráneo, de suerte que estaba situada al norte de la Judea y al sur de la Galilea, separando estas dos provincias. Es un país montañoso, pero muy fértil, cuyos valles y llanuras bañan muchos rios que contribuyen á su fecundidad. Son numerosos sobre todo los olivos, y no falta caza. Los habitantes de esta provincia no eran en su mayor parte descen-

dientes de Abraham, y si solo traian su origen de las familias cautivas que Salmanazar habia enviado al reino de las diez tribus durante su cautiverio. Su capital sostuvo muchos sitios. Los asirios la acometieron por espacio de tres años consecutivos, apoderáronse al fin de ella y redujeron á cautiverio á todos sus habitantes.

Delante de ella fué donde dos discípulos de Jesucristo querian hacer bajar fuego del cielo, porque los habitantes se negaban á dar hospitalidad á su maestro; mas este les reprendió, diciendo: „No conoceis aun vuestra mision; el Hijo del hombre no ha venido para perder á los hombres, sino para salvarlos.”

La nacion samaritana, dice Sacy, despues de haber hecho un importante papel en el teatro del mundo, se ha mantenido hasta hoy dia, aun en medio de los trastornos generales sobrevenidos en la Tierra Santa, y han conservado los habitantes su religion, su idioma, sus libros sagrados, y el lugar principal de su culto. ¡Acaso, ántes que pasen dos ó tres generaciones, desaparecerán estos restos del único lugar donde existen todavía algunas familias!

El traje con que los samaritanos se distinguen de todas las demas sectas ó naciones, es el turbante que llevan sobre la cabeza en los sábados y dias de precepto, así como el vestido blanco que al dirigirse á sus sinagogas llevan siguiendo en un todo la ley de Moises.

Los samaritanos permanecen en algun modo separados de los turcos, de los judíos y de los cristianos, y no se casan mas que individuos de la secta misma entre si.

El primer dia de la pascua celebran á media noche la fiesta del sacrificio del cordero, le reparten entre los presentes y le comen en la misma iglesia, pues hace unos veinte años que no pueden hacerlo sobre el monte Garizim.

La ciudad de Samaria está casi hoy dia destruida, enriqueciéndose otras sobre sus ruinas. Todavía se ven algunas columnas, unas de pié y otras casi sepultadas; pero en vez de las magnificas casas y palacios que poseía en otro tiempo, no se encuentran en ella mas que cavernas habitadas por los infelices árabes.

Al pais de Samaria pertenecia aquella célebre muger de que habla el Evangelio, y cuya historia es tan interesante y tan bella. Cansado el Salvador del camino y del calor del sol del mediodia, se sentó en el brocal del antiguo pozo de Jacob cerca de Sicar, ciudad de los samaritanos. Los apóstoles habian ido á buscar que comer, y así estaba solo el Señor, en cuyas circunstancias se acercó á sacar agua con un cántaro una muger. Pidióle de beber el Hombre Dios, ofreciéndole en recompensa una agua celestial y pura que apaga la sed para siempre, y le recuerda á la muger entónces los secretos mas íntimos que ella conservaba en su corazon. Admirada de tal prodigio, dejando el cántaro, se tornó á la ciudad, diciendo á gritos por las calles: he visto á un hombre que me ha manifestado los secretos de mi vida: este será tal vez el Mesías. Los discípulos que ya habian llegado, le ofrecieron á Jesus de comer, pero este no quiso, como que estaba ocupado en el serio y

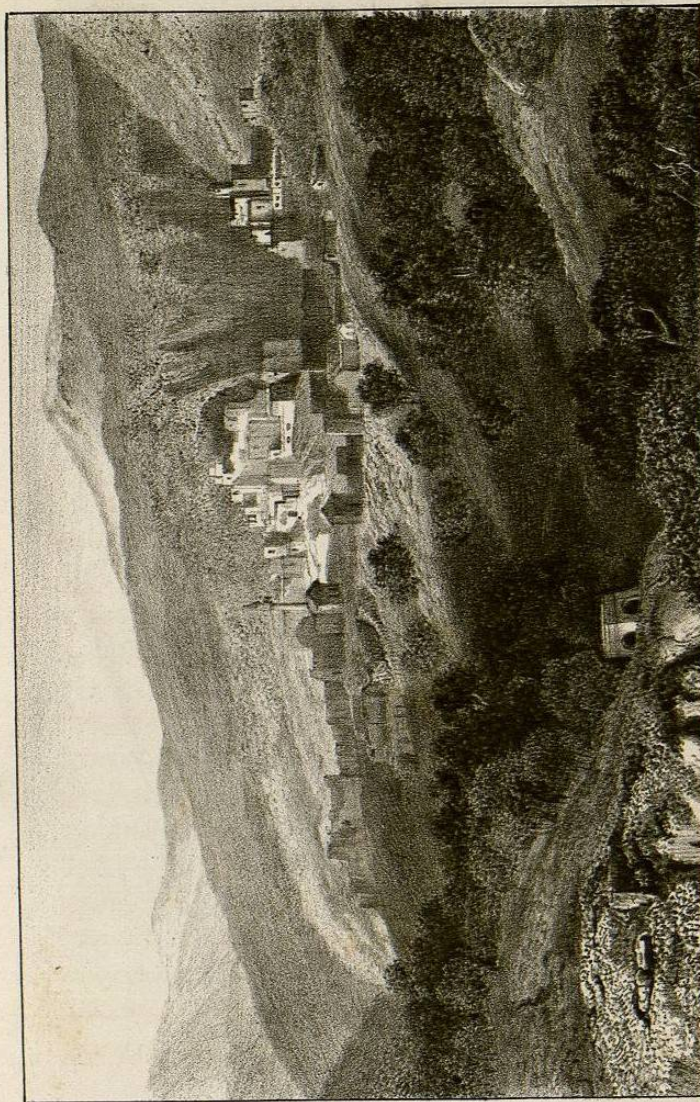
profundo encargo que le habia hecho su Padre de salvar al mundo. En tanto salieron las gentes de la ciudad para buscar al Hijo de Dios, y le rogaron que se quedase en su compañía, favor que les concedió de buena voluntad, permaneciendo en la poblacion dos dias, y dándoles lecciones de la moral mas grave y sublime.

NAZARETH.

Todos los peregrinos buscan en Nazareth los menores vestigios de la santa y pobre familia que moró en ella, y del divino niño cuya juventud se pasó en la oscuridad de este lugar. Nazareth podrá acaso olvidar al ejército frances que en 1799 peleaba con intrepidez al pié de sus murallas, pero nunca olvidará la visita que hizo en ella S. Luis en 1251.

S. Luis, dicen los historiadores, llegó á Caná de Galilea la víspera de la Anunciacion, llevando sobre sus carnes un áspero cilicio: dirigióse desde allí al monte Thabor y el mismo dia llegó á Nazareth. No bien divisó esta pequeña poblacion, cuando se apeó y dobló la rodilla para adorar de léjos este Santo lugar donde se comenzó el misterio de nuestra redencion. Adelantóse hasta aquel punto á pié, á pesar de sentirse sumamente cansado, y de haber ayunado aquel dia á pan y agua. El dia siguiente hizo celebrar el oficio divino, es decir, los maitines, la misa y las vísperas. Tomó el viático de manos del legado, y puede decirse que jamas habia sido Dios honrado con mas devocion en sus lugares predilectos.

Situada Nazareth en una posicion hermosísima, y apellidada ciudad en los libros santos, no es hoy dia mas



Lit. calle de la Palma n.º 4.

que un miserable villorrio cuyas casas y habitantes llevan en sí el sello de la pobreza. Está colocada en un valle de forma circular, y rodeada de quince montañas que parecen haberse acercado para circuir este sitio delicioso y defender su entrada. Este valle dividido en pequeños jardines con hileras de perales espinosos, abunda en higueras, y el suelo se cubre de una yerba fina y compacta que ofrece excelentes pastos. Las casas de esta población son estrechas, de techo llano, y construidas con una especie de piedra muy ligera y esponjosa. Un pequeño riachuelo corre por medio de las calles que son muy estrechas; y en el centro del lugar se encuentra una mezquita cuyo minareto parece proclamar diariamente que las falacias del Corán han reemplazado la moral pura del Evangelio. Su población es de unas dos mil almas, la tercera parte de cristianos, y ningún judío obtiene permiso para habitaren ella.

En esta población es en donde está situada la modesta casa que la Virgen recibió del patrimonio de Santa Ana, casa abierta en la roca, y á la cual se baja, como á un subterráneo, por diez y seis escalones. Estaba dividida en dos partes: la primera era la estancia que según una tradición piadosa fué trasladada por los ángeles á Loreto, y la segunda una gruta abierta en el mismo peñasco. El parage en donde la Santa Virgen oraba cuando se le apareció el ángel Gabriel, está marcado con una columna de granito que Santa Helena hizo colocar en él. Véanse tres altares, uno dedicado á San José, otro consagrado á Santa Ana, y el tercero á San Gabriel:

hay quien dice que existe otro dedicado á la Santa Virgen.

En Nazareth se ve todavía, á corta distancia y al poniente de la santa gruta, un antiguo edificio de piedra de sillería que se cree ser la sinagoga donde entró Jesucristo cierto sábado para ilustrar á sus compatriotas y para instruirles explicándoles particularmente las profecías de Isaías que hacían referencia á su persona. Pero en vez de convencerse, le arrojaron de la ciudad y le llevaron á una alta roca para precipitarle desde allí; pero Jesus, cuya hora no era llegada todavía, pasó en medio de ellos, bajó milagrosamente la montaña, y huyó de esa ciudad ingrata para no volver mas á ella.

La gruta poco profunda, y ancha de cinco á seis piés, que se encuentra en el declive del precipicio, y en la cual se cree que se escondió Jesus esperando que se dispersasen sus enemigos, servía de adoratorio á un convento que Santa Helena había hecho construir junto con una iglesia en la vertiente de la montaña: todavía se descubren algunas ruinas de las gradas abiertas para bajar á él, y encima de ellas se ha levantado un altar para la adoracion del verdadero culto. En fin todos los lugares de las cercanías están consagrados por algun piadoso recuerdo, como el convento actualmente destruido de nuestra Señora del espanto, así llamado porque se levantó en el sitio mismo donde la Virgen temió ver perecer á su hijo; la mesa del Mesías, que es una piedra grande y redonda donde se cree que Jesus se desayunó muchas veces con sus discípulos, y la fuente de los apóstoles,

manantial, donde es tradicion, que iban estos á buscar el agua que necesitaban.

En medio de la actual iglesia de Nazareth, muy hermosa y conservada con limpieza digna de notarse, y cuya forma es pintoresca y sobremanera linda, una ancha y magnífica escalera de mármol conduce á la gruta donde se realizó el grande misterio de la Encarnacion de Jesucristo. Por dos escaleras estrechas que están á entrambos lados, se sube al altar mayor colocado sobre la roca que forma la bóveda de la gruta. Detras está el coro de los religiosos, de manera que la iglesia se compone de tres planos, el de la gruta en lo mas profundo, el del cuerpo principal de la iglesia en medio y el del altar mayor y del coro en lo mas alto. Encima de este hay todavía otra estancia en forma de tribuna, donde se ha colocado un órgano, á la cual se sube por una escalera abierta en el coro. Todos estos diferentes planos se apoyan sobre una roca. Encuéntrase en la gruta una sala cuadrada, magníficamente adornada, en medio de la cual está un tabernáculo de hermoso mármol blanco sostenido por cuatro columnas, con un altar detras. Otra escalera muy estrecha, abierta en la peña, conduce á una gruta que se cree haber sido la cocina de la habitacion de la Virgen, á causa de una especie de hogar que se encuentra en un ángulo. Una segunda escalera, tan estrecha como la primera, comunica con la parte interior del convento. Los musulmanes reconocen la virginidad de María y la milagrosa encarnacion de Jesus anunciada por medio del ángel Gabriel. Por con-

siguiente, vienen frecuentemente á hacer en este lugar sus oraciones, y alguna vez los montañeses, sectarios de la religion del profeta, bajan acompañados de su música para presentar un niño á la Virgen y cortarle los cabellos por primera vez en este templo. Todos estos pormenores están sacados de la obra del ilustre español Badia, que ha publicado sus viages con el nombre de Ali-Bey.

A unos ciento treinta pasos estaba la casa en que el esposo de María éjerció el oficio de carpintero, y todavía se señala el sitio con el nombre de tienda de San José. Esta tienda habia sido convertida en una iglesia, de la cual han destruido gran parte los turcos, pero queda todavía una capilla donde se dice misa todos los dias.

Los alrededores de Nazareth están llenos de animales salvages y sobre todo de lobos y de chacales, de suerte que es raro que no se encuentren algunos junto al mismo pueblo. Frecuentemente entran en él á bandadas durante la noche para devorar á los animales muertos que dejan los turcos por las calles segun su malísima costumbre, y entónces turban el reposo de los habitantes con gritos espantosos, á los cuales responden los ladridos de una infinidad de perros. En el momento en que entrábamos, dice un viajero, un enorme lobo pasó por nuestro lado. Felizmente nosotros le asustamos más de lo que él nos habia alarmado, y se alejó.

Así pues, ademas de lo largo y cansado del viage á

Tierra Santa, corren otros riesgos los que le emprenden.

Estando Lamartine ya muy cerca de Nazareth, habla así de sus sensaciones interiores: En este dia comenzaron á manifestarse en mí impresiones nuevas y del todo diversas de las que hasta entónces me habia inspirado mi viage: habia yo viajado con los ojos, con el pensamiento y el espíritu, pero no con el alma y el corazón como al pisar la tierra de los prodigios, la Tierra de Jehovah y de Jesucristo; tierra cuyos nombres habian balbutido mil veces mis labios cuando niño; tierra á cuyas imágenes dió el primer colorido mi jóven y tierna imaginacion: tierra de donde habian brotado despues las lecciones y dulzuras de una religion, segunda alma de nuestra alma; sentí en mi interior como si alguna cosa de muerte y de frio viniera á reanimarse y entibiarse; sentí lo que se siente al reconocer entre mil caras desconocidas y extrañas la cara de una madre, de una hermana, ó de una muger amada; lo que se siente al pasar de la calle al templo, cierta cosa dulce, íntima, tierna y consoladora que no se experimenta en otra parte.

Mi templo era esa tierra de la Biblia, del Evangelio; adonde acababa yo de dar los primeros pasos. Oré delante de Dios en silencio, y en lo mas secreto de mi alma, le dí gracias por haberme concedido vida para poder ver este santuario de la Tierra Santa: y desde este dia durante mi viage por Judea, Galilea y Palestina, las impresiones materiales que recibia del aspecto y nombre de estos lugares, se mezclaron en mí con un sentimiento mas vivo

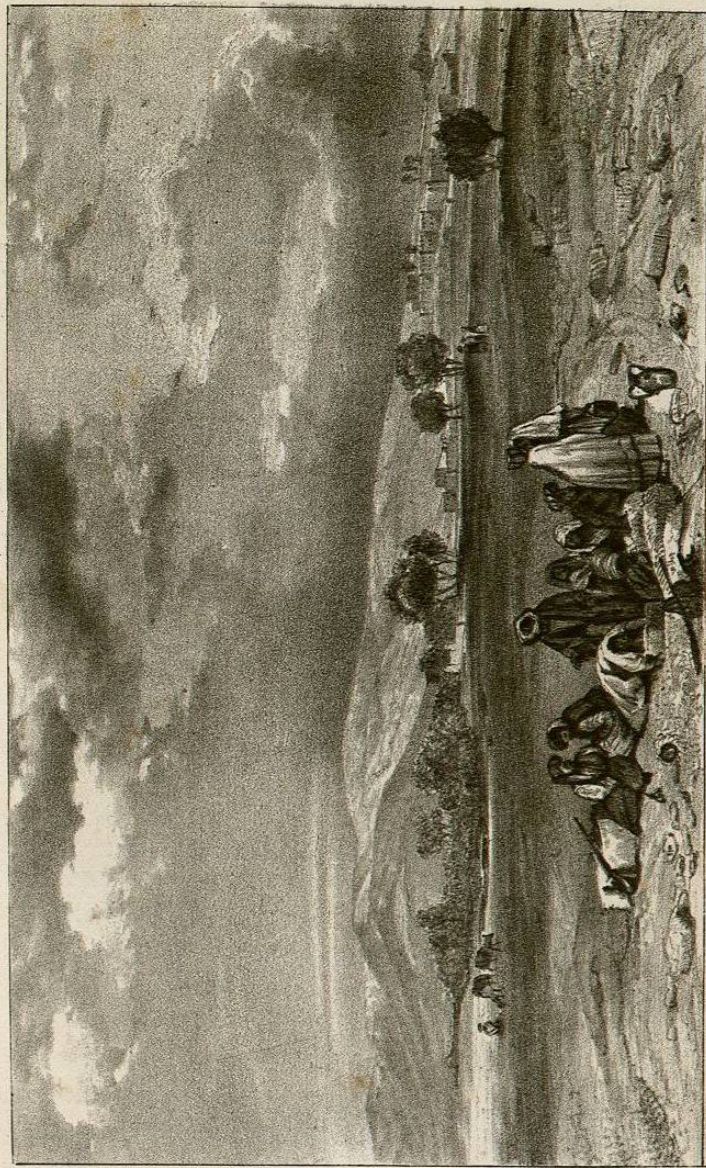
de respeto y de ternura: mi viage muchas veces era una oracion; y los dos entusiasmos mas naturales en mí, el entusiasmo de la naturaleza y el de su Autor, se despertaban en mi alma casi todas las mañanas, tan vivos y tan frescos, como si tantos años de abatimiento y de aridez no los hubieran ajado en mi pecho. Al comparecer delante del Dios de mi juventud, conocí que era hombre todavía. Cuando se visitan los lugares consagrados por uno de aquellos misteriosos sucesos que han cambiado la faz de la tierra, se siente una cosa parecida á lo que experimenta el viagero al subir laboriosamente contra la corriente de un gran río como el Nilo, ó el Ganges para descubrir y contemplar sus fuentes desconocidas: tambien me parecia que al subir por las últimas colinas que me separaban de Nazareth, iba yo á contemplar en su origen misterioso esta religion grande y fecunda que de como dos mil años acá, ha corrido por el universo desde lo alto de las montañas de Galilea, y ha regado con sus aguas puras y vivificantes tantas generacione: humanas. Allí está la fuente en el hueco de la roca en que se apoyaban mis piés: aquella colina cuyas últimas gradas subia yo, habia llevado sobre sí la salud, la vida, la luz y la esperanza del mundo: á poca distancia de mí el Hombre modelo habia nacido entre los hombres, para sacarlos con su palabra y ejemplo del mar de errores y de corrupcion en que estaba sumergido el género humano. Cuando yo contemplaba todo esto como filósofo, aquí veia el gran punto de partida del mayor acontecimiento que haya agitado al mundo moral y político, cuyas resultas aun im-

primen movimiento y vida al mundo intelectual: allí salió de la obscuridad, de la ignorancia y de la miseria, el mas grande, el mas justo, el mas sábio y el mas virtuoso de todos los hombres: allí estaba el teatro de sus acciones y de su predicacion insinuante: de allí salió, aun siendo jóven, con algunos hombres oscuros é ignorantes, á quienes habia comunicado la confianza y valentía de su mision para ir á conquistar el imperio universal de la posteridad: de allí habia nacido el cristianismo como una fuente oscura, como una gota de agua desconocida en el hueco de la peña de Nazareth, donde dos pájaros no habrian podido saciarse, donde un rayo del sol habria podido secarla, y que hoy como el gran océano de los espíritus, ha llenado todos los abismos de la sabiduría humana, y bañado con sus inagotables aguas lo pasado, lo presente y lo futuro. Aunque no hubiera yo creido que este suceso era divino, aun entónces se hubiera conmovido fuertemente mi espíritu al acercarme al lugar de su origen; hubiera descubierto mi cabeza é inclinado mi frente ante la voluntad que habia hecho brotar tantas cosas de un principio tan débil é insensible.

Pero considerando el misterio del cristianismo como cristiano, allí fué donde bajo un pedazo de cielo azul, en el fondo de un valle estrecho y umbrío, á la sombra de una colina pequeña, sus antiguas rocas aun parecian heuidas con los saltos de alegría que dieron al encarnar el Verbo: allí fué el punto sagrado del globo que escogió Dios desde la eternidad para hacer bajar sobre la tierra su justicia, su amor y su verdad: allí fué donde el sopló

divino bajó á su hora, sobre una pobre choza, morada de la sencillez de espíritu y del infortunio; allí fué donde animó este soplo en el seno de una Virgen inocente y pura, una cosa dulce, tierna y misericordiosa como ella, una cosa sufrida, paciente y llorosa como el hombre: allí fué donde, abierto el cielo, se lanzó el Verbo para encarnar y consumir la iniquidad y el error, acrisolar las virtudes, y quemar delante del Dios único y santo el incienso que no debe apagarse, el incienso del altar reservado, el perfume de la caridad y verdad.

Al ir haciendo estas reflexiones con la cabeza baja y cargada la frente con otros mil pensamientos mas graves aún, vi á mis piés, en el fondo de un valle excavado, las casas blancas y graciosamente amontonadas de Nazareth sobre los dos bordes y en el fondo de la excavacion. La iglesia griega, al alto minareto de la mezquita turca y las largas y anchas murallas del convento de los padres latinos, era lo primero que se veia: algunas calles formadas de casas menores, pero de forma elegante y oriental, estaban derramadas al rededor de estos edificios mayores, y animadas de un ruido y de un movimiento de vida. En contorno del valle y de la excavacion de Nazareth, algunos bosquecillos de nopales altos y espinosos, de higueras despojadas de sus hojas de otoño, de granados de follage ligero, y de un verde tierno y amarillo, estaban sembrados acá y allá al acaso, dando frescura y gracia al paisaje, como las flores de los campos al rededor de un altar de aldea. Solo Dios sabe lo que pasó entónces en mi corazón; y con un movimiento espontáneo, y por decirlo



Canaá.